

Arcadi Espada

En nombre de Franco



En nombre de Franco

Los héroes de la embajada de España
en el Budapest nazi

Arcadi Espada

Con la colaboración de Sergio Campos Cacho

© Arcadi Espada, 2025

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Primera edición: octubre de 2025

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2025
Ediciones Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionesperinsula@planeta.es
www.edicionesperinsula.com

REALIZACIÓN PLANETA - fotocomposición
Impresión y encuadernación: Arvato
Depósito legal: B. 16.111-2025
ISBN: 978-84-1100-418-3

Printed in Spain - Impreso en España



Índice

Prólogo	9
Primera parte	15
Segunda parte	159
Agradecimientos	295
Créditos de libre elección	301
Cronología	393
Bibliografía	413
Páginas web	421
Índice onomástico	423

I

En la película de John Ford *El hombre que mató a Liberty Valance* (1962), Ransom Stoddard (James Stewart) se convierte en un héroe arquetípico por disparar y matar a Liberty Valance (Lee Marvin), el secuaz a sueldo de los ganaderos. Pero Tom Doniphon (John Wayne), oculto entre las sombras, es quien lo mata en realidad. Stoddard se queda con la chica de Doniphon y emprende una espectacular carrera política: gobernador, senador, etcétera. Doniphon es el héroe anónimo. Al cabo de muchos años, Stoddard, tras la muerte de Doniphon, le cuenta al editor de un periódico local la verdad de lo sucedido, pero el editor se niega a publicarlo: «This is the West, Sir. When the legend becomes fact, print the legend».*

ERROL MORRIS, *El cenicero* (2018)

* ‘Esto es el Oeste, señor. Cuando se descubre la realidad de la leyenda, hay que publicar la leyenda.’

Cogí un largo camino para llegar a Budapest. La razón del viaje era Ángel Sanz Briz, el joven diplomático que había salvado la vida de miles de judíos en el terrible invierno húngaro de 1944. Yo iba a contar su historia y mi preocupación era que fuese una historia feliz. Había historias felices en la Shoah. Llamativas, insignificantes. La importancia de la Shoah, y su significado, está en el gran éxito de los nazis. Es verdad que perdieron la guerra, pero antes lograron asesinar a seis millones de judíos. En 1941 el comandante en jefe de las SS, Heinrich Himmler, le comunicaba a Rudolf Höss que Auschwitz no iba a ser un mero «lugar de aflicción» sino el mayor «centro de exterminio» jamás construido. Lo consiguieron.

Por lo tanto, el que quiera escribir un bello episodio, incluso optimista y edificante, vinculado con el genocidio judío debe hacer constar su marginalidad. El periodismo trabaja siempre en la cruz que forman lo importante y lo interesante. La historia de Sanz Briz, como la de otros héroes del invierno de Europa, es interesante. Pero mucho menos importante que la de las masas enormes y mudas de cadáveres que nadie pudo salvar.

Sin embargo, no me bastaba con declararlo. Y así quise hacer el viaje con un cadáver. Alguien que ante el heroísmo

triunfante pudiera susurrarme al oído: «No olvides que yo morí». Durante los dos años anteriores había trabajado junto a otros escritores en darle cuna y tumba a una mujer que nació en Fráncfort en 1904, vivió en Berlín y acabó en Auschwitz, y que fue novia de Josep Pla en sus días berlineses. Por Aly Herscovitz quise ir a Budapest desde París y hacer el camino final de su vida, que empezó el 22 de julio de 1942 cuando la policía francesa la detuvo, probablemente en un piso del Square de l'Aveyron, en el barrio de Plaine-de-Monceaux que consta como su última vivienda.

Aly fue víctima de la redada del Velódromo de Invierno, el Vel d'Hiv, ese capítulo infamante de su historia que Francia tardó más de medio siglo en nombrar. Desde la madrugada del 16 de julio siete mil judíos (muchos niños entre ellos) se hacinaron allí, sin apenas comida ni agua, sumidos en un desprecio inhumano. Como gran parte de los detenidos Aly fue trasladada al campo de concentración de Drancy, un suburbio cercano a París. Allí, en un polígono de vivienda social en construcción, de arquitectura moderna y bienintencionada, el colaboracionismo francés organizó su principal punto de partida hacia los campos de exterminio.

Llego a la Cité de la Muette de Drancy, un domingo de verano al mediodía. Enseguida empiezo a tener problemas. El primero es con las fotografías. La Muette es hoy un polígono de viviendas y el único signo de la tragedia es un conjunto de esculturas *in memoriam* con un alegórico vagón de tren sobre una vía muerta. En el vagón hay un letrero clavado:

HOMMES 40
CHEVAUX en long 8

Como el cielo está removido y brilla una tajante luz de agosto saco unas cuantas fotografías estilísticas. Hasta que me sube a la cara el bochorno: me había blindado viajando con un cadáver, ¡pero aún no renunciaba a sacar el mejor ángulo de las cosas! Lección temprana. Ya estaré preparado para cuando llegue a Cracovia y vea un cartel turístico con una bellísima puesta de sol sobre las alambradas de Auschwitz. Aunque sobre los problemas de la representación de la muerte ya había recibido una lección más antigua: aquellas páginas, tan estéticas, de Jorge Semprún en *La escritura o la vida*, donde narra el asesinato por la espalda de un soldado alemán que a la orilla de un río tranqui-

lo está cantando con voz rubia *La paloma*, y donde la oportunista ambigüedad de la escritura, o quién sabe si de la vida, impide saber si fue Semprún, o su camarada, el que disparó la bala fatal.

¿Se deben fotografiar envueltos en la misma gasa rojiza del crepúsculo el Taj Mahal, la Torre Eiffel, el Coliseo o Auschwitz? No. ¿Se debe fotografiar con la misma intención el cuerpo que va suicidándose por las ventanas de las Torres Gemelas que el vuelo feliz hacia el agua de la piscina de un saltador olímpico? No.

La Muette parece un lugar poco confortable. No se trata de la inevitable literatura, que comienza en una de las acepciones de *muette*, madriguera: he segregado varias capas de piel muerta ante esos hechizos. Es que el ambiente y las viviendas tienen el aspecto de ser aún más sociales que entonces. Sobre el voladizo de uno de los edificios, al nivel del entresuelo, hay un sofá despanzurrado. Quizá sería fotogénico en el Museo. Doy una vuelta rápida por la *cour* perimetral. Mucho más rápida cuando topo con un grupo de varones jóvenes que aún no se han acostado y que están dando los gritos de rigor previos a las navajas. Se han registrado varios casos en que palma el mirón.

Vuelvo al coche y luego a París. Ya había descartado ir a Arbonne-la-Forêt, a hablar con la madre de Robert Herscovitz y cuñada de Aly, que vivía en una residencia de ancianos. Debía de ser una de las pocas personas vivas que conocieron a Aly; pero según dijo por teléfono solo la había visto una vez, fugazmente, por la calle. Por lo demás su propensión a colaborar había sido relativa. Era ya muy vieja y solo quería morir, eso gritaba una tarde a través del altavoz del teléfono que había activado su hijo para que oyéramos su palabra vigorosa, cargada de des-

dén; y asistiéramos así a un incidente más de la que habría sido una larga y dolorosa enemistad mientras buscábamos el aire en aquel atestado apartamento de feriante, de un desorden nómada que tantos ecos traía de la vida entera de los Herscovitz.

Las familias. Dado que muchas veces mi trabajo consiste en resucitar a los muertos tengo la obligación de tratarlas. Hay dos grandes grupos: las que se ponen al servicio del muerto y las que ponen el muerto a su servicio. Yo prefiero estas últimas. El muerto es un asunto de los vivos. Las instrucciones de los muertos respecto a su memoria deben ignorarse cada vez que así lo decidan sus herederos. La memoria trae múltiples problemas y beneficios: es justo que la gestionen quienes van a experimentarlos. «En su memoria...», esta invocación tan corriente, solo quiere decir «en nuestro interés». En nuestro justo interés. No se ve en qué medida un muerto debe ser para sus familias algo distinto de lo que es para un biógrafo, es decir, la materia prima de unos beneficios morales o económicos. Vale la pena reconocerlo y actuar en consecuencia. El muerto nunca se levantará ni opinará si no es por la mano y bajo el control de los vivos. Una gran parte de la eficacia evocadora de Robert Herscovitz respecto de su tía Aly y del resto de su familia (documentos, fotografías, correspondencia) estaba vinculada con sus demandas de indemnización al Estado francés: franceses fueron los policías que participaron en las redadas, franceses los empleados de los trenes que los llevaron a Auschwitz. Quién, seriamente, podría reprochar-

le a Robert que actuara por interés. Si no fuera porque eso supondría hacerle hablar por su boca, yo diría que hasta el muerto se mostraría interesado.

La familia de Sanz Briz nunca supo qué hacer con su héroe. Aún hoy se mueve en la incertidumbre. Su caso es un ejemplo ortodoxo de hasta qué punto la memoria es un asunto de cada presente. La conversación más trascendental de una vida puede despacharse en siete minutos, calculaba Josep Pla. Estoy de acuerdo. No necesito ni siquiera siete líneas para explicar por qué Ángel Sanz Briz, nacido en Zaragoza en el año 1910, es la materia principal de este libro. Entre junio y diciembre de 1944, mientras estuvo al cargo de la legación española en Budapest, el diplomático dio refugio y protección a miles de judíos húngaros amenazados por el nazismo. A los ojos de hoy esto le habría garantizado una honra inmediata, constante, inextinguible. Y sin embargo, durante muchos años fue un héroe dormido.

La primera cita había sido en Madrid, en el piso del barrio de Salamanca donde viven Pilar Sanz-Briz (su padre cosió el apellido a sus hijos cuando eran adolescentes) y su marido, José García Bañón, también diplomático, que trabajó con el suegro en diversas embajadas. Fue una cena interesante. La criada sirvió vichyssoise y merluza en salsa. Esta última llegó en una bandeja imponente y con sus amenazantes cubiertos de servir. Como siempre en estas circunstancias la criada, puro cómplice de los señoritos, me interpelaba hosca y silenciosamente: después de tanta labia ahora van a ver todos quién eres. Mientras duró la manobra, mis interlocutores miraron hacia otro lado, que es la manera más dolorosa con que se mira en estos casos. Hubo un gran momento de vocabulario cuando Pilar aludió a unos vecinos, diciendo de ellos:

—Ah, pero esos son unos forris...

El barrio de Salamanca, los Quijano de la madre, burguesía cántabra, y una vida muy viajada han dado a la hija del héroe un perceptible atractivo gramatical y humano.

De vuelta al salón dejé sobre la mesa un libro que acababa de aparecer en Italia: *Giorgio Perlasca: un italiano scomodo* (2010), de los periodistas Dalbert Hallenstein y Carlotta Zavattiero. Había bastado el verdejo del aperitivo

para comprender que Perlasca era una suerte de *vade retro* familiar.

Perlasca, nacido en Como en 1910, comerciante en carnes, que después de la caída de Mussolini sufrió la persecución nazi y al que Sanz Briz había dado refugio en la legación, continuó en Budapest hasta la llegada de los rusos, en enero de 1945, cuando hacía varias semanas que el diplomático español había abandonado la ciudad y el control directo de sus protegidos. Era fama que Perlasca se había hecho pasar por su sustituto y que su impostura había salvado muchas vidas. El libro, una apología de su conducta, incluía párrafos sorprendentemente crueles contra Sanz Briz. Uno de ellos mordía el talón de Aquiles de su memoria:

Él tenía un solo objetivo: dejar Hungría y poner a salvo a su amante, una bellísima señora hebrea, la baronesa Podmaniczky, propietaria de la casa de enfrente de la legación española.

Nunca hasta ese párrafo se había atribuido la decisión de Sanz Briz a otra cosa que al cumplimiento de las órdenes ministeriales ante la inminencia de la invasión rusa. La hija Pilar reaccionó con encantadores aspavientos morales a la posibilidad de la amante aristocrática. Y trajo a la conversación algunas circunstancias de entonces de la vida de su padre, que llevaba dos años casado, estaba a punto de tener su segunda hija (nacería en octubre de 1944) y que además sufrió una trepanación en un oído que durante una larga temporada lo había dejado irritable y para pocos ruidos. Yo la miraba enternecido por su simpática vehemencia, pensando en otras circunstancias también veraces que trabajaban en sentido contrario. El hecho de que la esposa Adela

hubiera abandonado Budapest hacia el final del invierno, ya embarazada. La evidencia, según dejaría constancia en múltiples diplomacias del mundo, de que Sanz Briz era un hombre de un atractivo al menos similar al que las mujeres le procuraban. Y *last but...*, la poética onda expansiva del dualismo amor y guerra, que afecta a los protagonistas de una historia al menos tanto como a sus cronistas. Sin embargo, lo que preocupaba de verdad a Pilar no era la cuestión galante en sí, sino la posibilidad de que fuera una mujer, y no el sentido común o el gobierno español, la que hubiese dado a su padre la orden de partir; que sobre el héroe se cerniera, en fin, una inoportuna sombra de frivolidad. Pensé que iba a ser difícil probar la acusación de Perlasca, de la que no constaba nada más que su palabra, proclamada por persona interpuesta y sin grabaciones, y cuya publicación se retrasó diez años, los mismos que Perlasca llevaba muerto, respecto al momento en que fue supuestamente pronunciada.